



www.loqueleo.com/co

Frin

© Del texto: 1998, Luis María Pescetti

www.luispescetti.com

© De las ilustraciones: 2000, O'Kif

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59393-2-5

Impreso en Colombia

Impreso por Quad Colombia S.A.S.

Primera edición en Colombia: marzo de 2007

Primera edición en Loqueleo Colombia: enero de 2016

Sexta reimpresión en Loqueleo: septiembre de 2020

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Frin

Luis María Pescetti



loqueleg

a Nara Araújo y Blanca Martinelli

Odiaba el deporte. Esas estúpidas clases de Educación Física. Que a Frin le gustara o no correr es otra cuestión, de hecho no le entusiasmaba mucho; pero no al punto de odiarlo.

La clase de Educación Física era otra cosa, estúpidamente odiosa. La clase, el profesor y Ferraro y todos sus atléticos preferidos que lo iban a hacer figurar en alguna olimpiada.

Podrían ser hermosas mañanas sintiendo un poco de frío, de no tener que estar a las siete en la cancha para la clase de Educación Física. A ese tipo solo le importaba lo que él hacía; entrenar a los que iban a participar en las olimpiadas. Frin no hubiera conseguido competir ni aunque se hubiera enfermado el salón completo. Desde un primer momento el profesor se dio cuenta de que no le apasionaba el deporte, y Frin supo que sería un largo año de cla-

ses de gimnasia con ese tipo que lo había desechado de entrada. Dado que él no lo iba a querer, Frin decidió correr más lento, saltar más bajo o más cerca, estirarse lo menos posible y, cada vez que el tipo estuviera mirando a otra parte, hacer una flexión menos. Cuando el tipo lo descubría lo hacía trotar alrededor de la cancha. Frin no decía nada, se levantaba y trotaba. Lento. Desesperadamente lento.

—¡Frin! ¡Si te sigues haciendo el gracioso vas a trotar hasta que termine la clase! (gritó el tipo).

Las primeras veces nadie le prestó atención al asunto. Cuando lo volvieron a mandar a dar vueltas a la cancha, Ferraro, el más grande del salón, gritó:

—¡Frin! ¡Corres como una gallina!

Como el profesor no lo regañó, otro hizo una broma.

—¡Frin va a competir en las olimpiadas, pero de caracoles!

Tampoco le dijo nada. El grupo entendió perfectamente y aprovechó para burlarse. Pero él seguía a su paso que apenas llegaba a ser trote. Parecía que se iba a caer en cualquier momento, que había sido el único sobreviviente de una explosión o algo así; pero no, era que estaba trotando. Hacia la mitad del

año ya nadie le hacía bromas, no porque se hubieran vuelto buenos, sino porque había dejado de ser novedad. Que Frin estuviera haciendo ejercicios con todos, o dando vueltas solo, daba lo mismo.

Iba más despacio que si caminara. El tipo se desesperaba y le gritaba. Entonces Frin sentía que le ganaba. Iba a trotar despacio hasta que al tipo le explotó el cerebro como una olla de espaguetis. Una vez le aplicó una sanción. Frin le contestó:

11

—No es justo, solo porque no corro como usted quiere (él sabía que no era por eso).

—Me vas a decir a mí lo que es justo o no.

El tipo lo suspendió por dos días. Esa tarde Frin fue a la dirección, pidió una cita. Esperó, esperó. Cuando lo atendieron dijo:

—No quiero dejar de venir a la escuela.

Fue una excelente primera frase, porque en la Dirección se oyen cualquier clase de argumentos: *Lo olvidé antes de salir, Mañana se lo traigo; No podré venir porque mi papá, mi tío, un abuelo*; lo que sea, pero nunca nadie va a pedir que lo dejen seguir yendo a la escuela.

—¿Y por qué no vendrías?

—Me suspendieron por no correr rápido.

La Directora llamó al profesor de gimnasia y, delante de él, regañó a Frin; pero no fue un verdadero regaño. Frin se dio cuenta de que se hacía la enojada con él; no lo estaba realmente. En el fondo, él estaba ganando, porque le hizo prometer que iba a tratar de correr más rápido, cosa a la que Frin dijo que sí, sin mentir. Iba a tratar de correr más rápido, los primeros diez metros, los últimos tres minutos, el año que viene. Había mil maneras de decir que sí, sin mentir ni obedecer. La Directora se sintió satisfecha y levantó la sanción. El tipo no dijo ni una palabra; pero estaba furioso, él sabía exactamente qué había pasado ahí.

—Hasta luego, profesor (dijo Frin).

El tipo se retiró apenas despidiéndose de la Directora.

Lo cierto es que a Frin le hubiera encantado ganar en una olimpiada, ¿a quién no? Que *ella* lo viera ganando. Solo que él sabía que no era de los mejores, ni siquiera de los que podrían haber llegado segundos o terceros. ¿Por qué no había olimpiadas para todos? ¿Cuál es la ventaja de que un tipo salte dos metros de alto? *Las olimpiadas no representan un beneficio a la humanidad.* Ésa era su conclusión. Por

uno que salta muy alto, hay montones que son dejados de lado. Por unos pocos que lo hacen muy bien, hay muchos que ni lo intentan.

En una revista que compró en la papelería de Elvino había leído de una maratón en la que participaba todo el mundo, grandes, chicos, mujeres, hombres, gente en sillas de ruedas, viejos. Lo importante era participar como cada uno pudiera, sea corriendo o caminando. Frin no lo podía creer. ¿Existía realmente algo así? (era como si le estuvieran dando la razón; el título de esa nota podría haber sido: *El tipo está equivocado*; hubiera sido maravilloso). Pero además, y esto es lo más importante, sentía que en el mundo había un lugar para él. Había un lugar, seguramente habría más, y tal vez muchos lugares en los que no pensaban como el tipo. Frin sintió que le hubiera gustado correr en esa maratón. Sería divertido así, junto a *ella*, charlando, haciendo amigos, caminando al lado de alguien que fuera en una silla de ruedas, trotando otro poco, al lado de *ella*. Si lloviera sería más divertido todavía.

Cometió un error. Recortó la nota y la llevó a la clase de gimnasia para mostrársela al tipo. ¿Qué

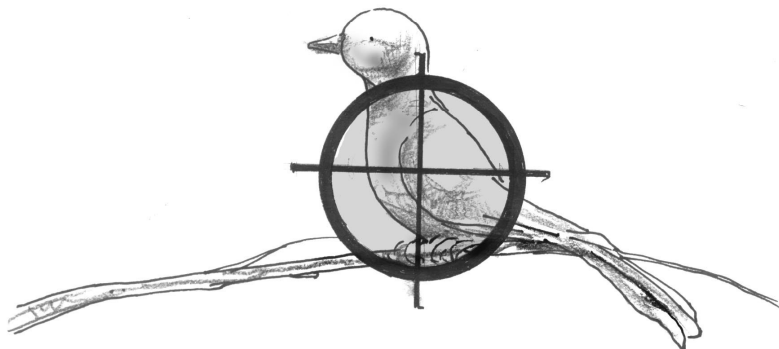
pensó? ¿Que organizaría una para el fin de semana? El tipo ni siquiera la miró. La tomó sin leerla, y mientras le decía a los demás que prepararan las jabalinas, se la devolvió. Frin se enojó consigo mismo por haberle dado una oportunidad tan servida al tipo. Con ese solo gesto había conseguido hacerse sentir rechazado y perder la buena sensación que la nota le había dejado.

El mal humor le duró el resto del día, y lo tomó por sorpresa que, precisamente, Ferraro lo invitara a cazar esa tarde. No era algo que pasaba todos los días, y aceptó; no por el hecho de ir a cazar, sino porque Ferraro le daba miedo y más vale hacerse amigo del que te da miedo. Un pensamiento no muy glorioso que digamos, ¿pero qué hacer con uno que te lleva como dos cabezas?

No era a cualquier cosa, era a cazar. De eso recién se dio cuenta cuando le ofrecieron el rifle de aire comprimido a él también. Se puso contento porque eso quería decir que Ferraro lo había invitado de verdad, no para que cargara algo. Se sintió fuerte. Por un instante se le cruzó la imagen de amigarse con su profesor. Cuando apoyó el mentón en la culata del

rifle se dio cuenta de qué estaba haciendo. A él no le gustaba cazar. Matar animales le parecía odioso; pero se había acordado tarde. Ahí estaban todos esperando su tiro, y ahí estaba ese pájaro en una rama a varios metros. No sabía cómo salir de la situación. Se le ocurrió que podía errar el tiro a propósito. Nadie se daría cuenta. De hecho todos tenían mala puntería. No habían cazado nada en toda la tarde. Solo que tampoco quería que lo dejaran de invitar a otras cosas. No a cazar, pero a cualquier otra cosa. No se suponía que dejaran de invitarlo por errar un tiro. Todos lo habían hecho. Y no pasaba nada. Erraban el tiro, hasta se hacían bromas. Su cabeza pensaba todo lo rápido que se pueda. En un campo cercano pasó un avión fumigador, pero el ave no se movió.

15



Entonces sucedió algo raro adentro suyo. Le apuntó al pájaro, porque si daba en el blanco les demostraría a Ferraro y a los demás que él no solo era el que trotaba alrededor de la cancha; pero a la vez lo tranquilizaba saber que su puntería era pésima, por más que apuntara no le daría. Sintió un fugaz alivio porque le pareció que había encontrado una manera de resolver las dos situaciones al mismo tiempo, y apretó el gatillo. El pájaro cayó fulminado, los demás gritaron contentos y lo felicitaron. Hasta le dieron palmadas en la espalda. Él devolvió el rifle con un nudo en el estómago. Decidieron regresar porque ya se hacía noche.

Frin hizo el camino a la escuela viendo el humito de su boca. La respiración es blanca o invisible. En otoño y en invierno es blanca. Concentrado en las formas que le daba a su aliento llegó a la escuela. El patio ya estaba lleno de ruidos y chicos. Ni bien entró le llamó la atención uno que iba con una sudadera verde fosforescente. Se sonrió. ¿Quién podía ser tan tonto de ponerse eso para ir a la escuela? Se acercó a un grupo de los de su salón y preguntó quién era ése.

—Uno nuevo, ¿viste la sudadera que trae?

—Sí, es verde loro.

—No, verde radioactivo.

Se reían.

—Para colmo tiene esas rayas, porque si solo fuera lo verde; pero tiene las rayas rojas en las mangas y unos dibujos atrás.

El chico estaba solo, disimulando, como si leyera algo en un cuaderno que tenía en sus manos. En realidad miraba el patio nuevo para él, el techo, los salones de clase, las maestras, los que corrían; y a ellos que lo miraban sin disimulo y sin ocultar que se reían. Entonces él clavaba la vista en su cuaderno, como si allí hubiera algo mucho más interesante que esta escuela nueva. En realidad estaba asustado y quería esconderse.

Frin sintió el impulso de acercarse y saludarlo. Sin embargo le dijo a los demás:

—Con esa sudadera debe gastar un montón de electricidad... debe llevar una batería en la maleta.

Se rieron. Sonó el timbre. Los demás entraron a sus salones, ellos se formaron en el patio. El de verde caminó tímidamente y se puso último en la fila. Sin saludar y sin que nadie lo saludara. Frin estaba tratando de inventar otro chiste. Apareció el de Educación Física, caminó hasta ellos, se detuvo al ver al nuevo. Pensaron que iba a decir algo, pero no. Siguió caminando hasta la puerta y se fueron con él, hasta la cancha. Ahí hizo formar una hilera.

—Buenos días.

—Buenos días, profesor.

—... (miró hacia el nuevo, lo llamó. Él se acercó; pero lo interrumpió)... no, no, puede dejar la maleta en su lugar, nadie se la va a robar.

—(El que estaba al lado de Frin) Es que si no lleva la maleta se le apaga la sudadera.

Risas otra vez; pero Frin ya estaba queriendo ver qué estaba tramando el tipo. El chico regresó, dejó la maleta en su lugar y se acercó al profesor.

—Es nuevo, usted.

—... (hizo que sí con la cabeza).

—... así que es nuevo.

—... (volvió a asentir).

—¿Y cómo se llama?

—Lynko, señor.

—... ajá, así que es nuevo.

Qué lento es, se desesperó Frin. Tiene arena en el cerebro. ¿Cómo puede ser tan lento para pensar un chiste?, lo arruina.

—A ver, y dígame (siguió el profesor), aprovechando que estamos solos (pero dicho casi a gritos), que estamos solos y nadie nos oye (ahí miró al grupo).

Los demás se rieron; pero a Frin le pareció lo más estúpido del mundo, eso ya no tenía gracia, *ya nos di-*

mos cuenta de que no estamos solos, lo sabemos, ¿para qué se da vuelta cuando dice eso? ¿Para ver cómo nos reímos de su frase? Qué idiota que es este tipo, por favor, pensaba Frin. El profesor siguió.

—A ver, dígame... ¿cuánto le pagaron por iluminar la ciudad?

20 El grupo soltó la carcajada. Frin no. *¿Ésa era la broma? ¿Ésa era? ¡Qué idiota!* Eso no es una broma. Aunque se pareciera a la que él mismo había hecho antes, no es igual. Él se había cuidado de que el chico no lo oyera porque si no hubiera sido una burla. No es gracioso, es estúpido. El nuevo se quedó serio, volteó a mirar al grupo, que se estaba riendo, e intentó una sonrisa, como si la broma le causara gracia a él también. Como si tuviera que mostrar que él también se reía de eso. Una sudadera verde, sí, ja, ja, qué gracioso. Bajó la mirada, tratando de mantener un poco la sonrisa, y alcanzó a ver que Frin no se reía.

—¡Acá usamos sudaderas azules, ¿entendió?!

¡Azules! ¡Vuelva a su lugar!

Terminó de decir el profesor, con un tono como si estuviera diciendo cómo son las cosas en este planeta. Recién entonces algunos de los del grupo lo saludaron. En realidad, le hicieron alguna broma so-